

CATALUÑA

APROBADO el Estatuto catalán, junto con el vasco, en el Congreso de los Diputados y en el Senado, la garantía de un mes de marzo electoral en Cataluña se hace irremediable. Los viejos problemas, como, por ejemplo, la falta de estructuración de una auténtica derecha catalana, se transforman en retos acuciantes; las quinielas sobre los personajes presidenciables — Benet, Pujol, Reventós y el mismo Tarradellas — están a punto de cerrarse. Todas las operaciones para evitar la mayoría de izquierda en Cataluña que existe desde el 15 de junio, pero que se quiere fracturar en el Parlamento catalán, entran en la fase decisiva.

En ese marco, la continuidad de Tarradellas, que encontraba su principal y secreto promotor en sí mismo, queda ya descartada, aunque se reconozca que podría resolver temporalmente y de un solo golpe las tres incógnitas principales del inmediato futuro político catalán: Resultaría una válvula de oxígeno para prorrogar el plazo en el que debía estructurarse una nueva derecha catalana; resolvería la quiniela presidenciable sin la inquietud de un nombre nuevo, eludiendo el peligro de que su sucesor pertenezca al área de la izquierda, y resultaría la solución óptima para quienes quieren quebrantar la mayoría de izquierda en Cataluña, con renovadas esperanzas después de los resultados de las elecciones de Portugal.

Sólo en una doble hipótesis de remotas posibilidades la continuidad de Tarradellas hubiera podido producirse, según confiesan los principales líderes de los partidos parlamentarios catalanes, en el caso nunca deseable de que se hubiese dado una crisis militar quizá por un agravamiento de la situación en el País Vasco, a la que UCD ha contribuido generosamente al no detener desde la presidencia del Congreso de los Diputados episodios tan lamentables como el del suplicatorio al parlamentario de Euzkadi Euzkerria, Juan María Bandrés.

Si la eventual crisis militar hubiese tenido lugar en el marco de la Constitución, como podía leerse en unas recientes declaraciones del almirante Arévalo Pelluz, Tarradellas habría resultado el presidente ideal para que la autonomía catalana no sufriera un frenazo formal y para tranquilizar al mismo tiempo a los sectores más reticentes. Basta recordar las palabras del capitán general de la V Región Militar, teniente general Antonio Elicogui, pronunciadas en una cena ofrecida a Josep Tarradellas durante su reciente visita a Zaragoza: "Tarradellas es un hombre excepcional al que Cataluña y España necesitan".

Desde su regreso del exilio, el presidente de la Generalitat provisional ha cuidado exquisitamente sus relaciones con las Fuerzas Armadas, con constantes visitas de cortesía y audiencias en correspondencia con las más altas autoridades militares destacadas en Cataluña, sin olvidar sus visitas a la Academia Básica de Suboficiales de Talam, casi siempre coincidiendo con la visita del Rey a unas maniobras o entrega de despachos.

Algunas fuentes militares consultadas atribuyen esas excelentes relaciones entre

Tarradellas y el alto mando a la sensibilidad del presidente catalán para comprender que en esos niveles podría encontrarse el principal obstáculo para la autonomía catalana, sensibilidad demostrada desde el primer momento también por Jordi Pujol, cuando inmediatamente después de constituirse las Cortes salidas de las elecciones del 15 de junio del 77 se colocó como vicepresidente de la Comisión de Defensa del Congreso de los Diputados, desde donde prodigó numerosos contactos de distensión con las Fuerzas Armadas. En el caso de Tarradellas, opinan los militares consultados, jugaría a su favor ese sentido del poder que exhibe, totalmente de corte gaullista, cuyo creador fue, al fin y al cabo, un prestigioso general.

Pero más allá de esa hipótesis ya descartada

El embrujo de Tarradellas para los militares

MANUEL CAMPO VIDAL



Tarradellas: promotor de sí mismo. En la foto, ante la Virgen del Pilar, en Zaragoza.

tada en medios políticos sobre la continuidad de Tarradellas, se aprecia en Cataluña que la dificultad principal de las legislativas va a residir en el mantenimiento de la mayoría de izquierdas. Son estas las primeras elecciones a las que el Partido Socialista Catalán, que roza el 30 por 100 de los votos, va acudir sin la excelente imagen de compañía que ofrece el Partido Socialista Obrero Español y, más concretamente, Felipe González. Aunque se anuncia ya que Felipe González pasará una semana en Cataluña durante la campaña, lo que puede suponer un inapreciable refuerzo para los socialistas y para la izquierda en general, aun a costa de erosionar la franja electoral nacionalista, el peso de la candidatura va a recaer en Joan Reventós, Andreu Abelló, Luis Fuertes, Eduardo Martín Toyal y el alcalde de Barcelona, Narcís Serra.

De igual modo, la comparecencia de Centristes de Catalunya-UCD a elecciones sin la cobertura de imagen de la UCD estatal y, particularmente, de su presidente Adolfo Suárez, es un hecho que se apreciará en las urnas, muy probablemente en beneficio de la candidatura que encabezará Jordi Pujol.

Con estas incógnitas establecidas, puede darse en los próximos días la confirmación de que el Partido Socialista de Andalucía se decida a participar en los comicios catalanes, lo que todavía no ha hecho oficialmente. Se ha adelantado el residual Partido Socialista de Aragón, que ha presentado ya en Barcelona a Federico Jiménez Losantos como cabeza de lista, quien se estrenó con un desaforado ataque a la prensa, a la que acusa de estar más censurada en la actualidad que bajo el franquismo.

La celebración del Día de Andalucía en Cataluña supuso el triste espectáculo de la división, ya que, por una parte, se manifestaron en Barcelona el Centro Andaluz Blas Infante y prácticamente todos los partidos catalanes solidarios, más las centrales sindicales CC.OO., UGT y CSUT, y por otra, en Cornellá, centro neurálgico de la emigración andaluza en Cataluña, discurría otra manifestación de peñas flamencas próximas al PSA. La división dejó a miles de andaluces en sus casas desconcertados y, en definitiva, perdió Andalucía y perdió Cataluña.

La manifestación de Cornellá tenía para el PSA, según sus dirigentes, un carácter de test sobre la conveniencia de presentarse o no a las elecciones. Las encuestas dicen siempre lo que quieren leer en ellas quienes las promueven, por lo que resulta difícil sacar a unos de que fue un rotundo éxito — poco más de mil personas al comienzo y cuatro mil al final en el festival flamenco — y a otros de que fue un fracaso. Quizá la reflexión más sensata estuvo en boca del diputado del PSA Emilio Pérez Ruiz, cuando declaraba que le inquieta el silencio o quizá la satisfacción con que la UCD catalana y el pujolismo observan la posibilidad de que el PSA concorra a las elecciones en Cataluña. Sin duda, desde la derecha catalana, como detecta el diputado andalucista, se desea fervientemente cualquier cuña que presuponga división y, por tanto, erosión electoral. ■